

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO III—TOMO III | San Salvador, Domingo 24 de Junio de 1883. | SERIE IX—N. 108

Intolerancia Religiosa.

III

La máxima, absolutamente verdadera en el sentido dogmático, de que *fuera de la Iglesia no hay salud para las almas*, se reduce en sus aplicaciones prácticas á una mera cuestión de intención y buena fé.

Es una máxima de *intolerancia absoluta*, por lo que hace al dogma y la doctrina, y de la más *extensa tolerancia*, por lo que respecta á su aplicación y sentido. La tolerancia de la Iglesia va, con el famoso dogma de su intolerancia religiosa, tan léjos como la verdad, como la razón y la justicia.

Parece ser éstas, á primera vista, ideas contradictorias; pero si bien se las analiza y examina, no lo son, y más bien se prestan mútuo apoyo y una recíproca firmeza.

La intolerancia religiosa conduce lógicamente, en el orden de los principios, á la tolerancia práctica, como ésta hace más absoluta y aceptable la máxima que de aquella se desprende.

Muchas veces se ha repetido, y repetido con justicia, que la intolerancia doctrinal de la verdad lleva naturalmente consigo la tolerancia personal; del mismo modo que la personal intolerancia del error es una consecuencia, que espontáneamente brota, de su tolerancia ó indiferencia en cuanto á los principios y á la aceptación de otros errores.

No va encaminado este artículo á hacer resaltar la verdad, profundamente filosófica, que las anteriores máximas encierran; sino solo á explicar la manera con que el dogma católico se aviene en la práctica, con los más suaves sentimientos de humanidad, y con los más severos principios de la razón, de la sana filosofía y de la crítica.

Sucede con frecuencia en las cuestiones religiosas, que una falsa interpretación, ó una malicia refinada, inducen á la lógica á sacar deducciones de principios dogmáticos, que se atribuyen á la Iglesia, y que la Iglesia jamás ha establecido ni enseñado.

Es necesario distinguir entre el cuerpo y el alma de la Iglesia, ó sea de la religión verdadera.

El cuerpo de la Iglesia comprende á todos los hombres, que desde el origen de los tiempos, han vivido en su seno. El alma de la Iglesia comprende á su vez, así á los justos que en todo tiempo han pertenecido á su cuerpo, como á los infieles que, viviendo fuera de él, han creído todas las verdades que han podido conocer, y practicado todo el bien de que han tenido conciencia, tributando á Dios con buena fé y en consecuencia el culto que les ha parecido verdadero.

El dogma católico: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, se refiere á la Iglesia en cuanto á su cuerpo y

á su alma, pero de tal modo que aquellos que pertenecen á su alma solo, y por invencible ignorancia y con buena fé permanecen fuera de su cuerpo, moralmente son miembros de éste, y se hallan con toda propiedad en el seno de la Iglesia.

Fácil es deducir, que los gentiles que han vivido y viven materialmente fuera del cuerpo de la Iglesia, han podido y pueden pertenecer á ella y salvarse, así como los herejes, cismáticos, incrédulos, apóstatas, y cuantos van extraviados del recto camino de la verdad religiosa, pueden igualmente pertenecerle y hallarse en vías de salvación.

La Iglesia, pues, no condena al fuego del infierno, ni á todos los cristianos separados de su seno, ó que maldicen y reniegan de su doctrina y de sus dogmas, ni á los hombres todos que no han podido llegar al conocimiento del Evangelio y de la revelación divina.

Puede alguno pertenecer al cuerpo de la Iglesia sin pertenecer á su alma, como un católico pecador y vicioso, mientras permanece en el vicio ó el pecado; y puede también pertenecer á su alma sin pertenecer á su cuerpo, como un infiel que observa los preceptos naturales que conoce, y tributa con buena fé á la Divinidad el culto que cree que le es debido. El primero está *fuera de la Iglesia*, porque no pertenece á su alma; y el segundo está *dentro de la Iglesia*, porque pertenece á su alma, y moralmente á su cuerpo.

Un buen pagano está más cerca del reino de los cielos, que un perverso católico. Aquel tiene legítima excusa en su buena fé, para no pertenecer materialmente al cuerpo de la Iglesia: éste, el católico, está sin excusa ninguna para no pertenecer á su alma, porque el sol de la verdad ha brillado sobre él con todo su esplendor, en tanto que voluntariamente ha cerrado los ojos á la luz para no ver.

Podría creerse por algunos cristianos, poco versados en estas materias religiosas, que la anterior explicación no pasa de ser una interpretación benigna, y buscada calculadamente, como para disminuir el rigor del dogma, y desautorizar los ataques de los descreídos contra la intolerancia religiosa; pero esto no es así. La doctrina espuesta es la doctrina de la Iglesia, y el sentido de la máxima dogmática que vamos explicando, no es ni ha sido nunca otro, que el que acaba de espresarse.

Para convencernos de ello, nos bastaría abrir cualquier libro que nos viniera á la mano, de los muchos que hablan de teología católica, ó de apología de nuestra santa religión. Si los descreídos atacan á la Iglesia suponiéndole enseñanzas contrarias, sabemos lo que valen sus testimonios: estos, ó son dictados por el odio á la verdad religiosa y con malicia calculada, ó tal vez proceden de una ignorancia, más ó menos culpable, de nuestros catecismos de doctrina cristiana;

En las proposiciones de Miguel Bayo, condenadas por tres diversos Pontífices romanos, se apatematiza á quien enseña, que puede condenarse el que no practica lo que no ha podido conocer; que la ignorancia invencible es causa de condenación; que la fé es la primera de las gracias; que fuera de la Iglesia Dios no concede gracia alguna; & & proposiciones todas que, con otras muchas análogas del mismo heresiarca, vienen á corroborar, una vez condenadas, la legítima interpretación del dogma católico, en el sentido expresado.

La doctrina de la Iglesia, ciertamente, no es ni ha podido ser otra, que la misma de san Pablo.

—Dios, dice el Apóstol, retribuirá á cada uno según sus obras. Dará la vida eterna á aquellos que, en las buenas obras, buscan la gloria, el honor y la incorruptibilidad; y mostrará ira é indignación contra todos aquellos que, llevados del espíritu de contención, no se adhieren á la verdad y creen en la iniquidad. . . .

Gloria, honor y paz para todo el que obra bien, sea judío ó gentil, porque Dios no hace distinción de personas. . . . El que ha pecado sin la ley (*fuera de la Iglesia*), sin la ley será juzgado; y el que ha pecado bajo la ley (*dentro de la Iglesia*), por la ley será juzgado. . . . La cólera de Dios descargará sobre aquellos que han conocido de Dios, lo que de Dios puede descubrirnos el conocimiento que de él nos dá la naturaleza. . . . y que habiéndole conocido no le han glorificado. . . . sino que se han extraviado en *vanos razonamientos*.—Todo el capítulo 2.º de la *Epístola de los romanos*, de donde se han tomado estas citas, trata de esta importante verdad.

La Iglesia, después de haber proclamado que la máxima: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, no comprende sino á los que voluntariamente y con mala fé permanecen fuera de su alma, lleva su tolerancia hasta el extremo de abstenerse completamente de declarar, quienes sean aquellos que, por su falta de rectas intenciones, están en vía de perdición y fuera de los caminos de la salud.

Si se le exige que señale por su nombre á uno solo que haya merecido condenarse en todo el universo y en el transcurso de las edades y de los siglos, no menciona sino el nombre de Judas Iscariotes, de cuya condenación hay constancia positiva en el Evangelio. La Iglesia reconoce, en efecto, que cualesquiera que sean la patria, la religión, la conducta y las creencias de los hombres, en el seno de las almas y de las conciencias, y en los umbrales de la eternidad, se pasan misterios divinos de justicia, pero también de misericordia y de amor, inaccesibles á nuestra previsión é inteligencia, y que Dios mismo ha querido reservarse. La Iglesia los ignora, porque Dios no ha tenido á bien hacerla depositaria de ellos.

No hay, pues, razón ninguna para acusar al catolicismo de la severidad de una máxima que, bien entendida y tomada en su sentido legítimamente católico, revela la alta sabiduría y el admirable encadenamiento de todos los dogmas cristianos.

San Salvador, junio de 1883.

SECCION PIADOSA.

DOMINGO VI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Debemos estudiar y examinar detenidamente los milagros de Jesucristo, porque ellos son, además de hechos prodigiosos y sobrenaturales que demuestran la virtud de su divinidad, lecciones altamente instructivas para nosotros, lo mismo que todos los demás actos de su vida pública y privada.

La Iglesia nos recuerda, en el evangelio de este domingo, la segunda multiplicación de los panes, obrada por nuestro Señor Jesucristo en el desierto, para alimentar á la multitud de gentes, que aun venidas de lejanas tierras, le seguían para escuchar su palabra.

Pocos meses habían trascurrido, desde que el mismo divino Salvador había obrado la primera multiplicación de cinco panes y dos peces para alimentar, hasta saciarse, á cinco mil personas, sin contar las mujeres y los niños.

En esta segunda multiplicación Jesucristo repite el mismo prodigio, casi con las mismas circunstancias, mandando distribuir entre cuatro mil personas, con excepción también de las mujeres y los niños, siete panes y algunos pececillos.

La primera multiplicación se obró en el desierto de Betzaida, que se estiende junto al lago de Tiberiade, del lado opuesto de Cafarnaúm, y esta segunda la hizo sobre un monte, en las inmediaciones del mismo lago, cuando Jesucristo volvió de los confines de Tiro, pasando por Sidón y atravesando el territorio de Decápolis.

Con uno y otro prodigio el divino Maestro ha querido instruirnos sobre la especial providencia con que Dios cuida de los hombres.

Estos panes, pronto y abundantemente multiplicados en manos del Salvador, nos enseñan, que existe una Providencia sabia é infinita, que gobierna el universo, y á la que nosotros debemos someternos, no con sujeción instintiva y necesaria, como los demás seres de la creación material, sino con un acto libre y espontáneo de nuestra racional naturaleza, y como seres dotados de inteligente voluntad.

—Me compadezco de las turbas, dice Jesucristo á sus discípulos, porque tres días há que están conmigo, y no tienen qué comer; si los dejare ir en ayunas, desfallecerán en el camino, porque algunos de ellos han venido de muy lejanos lugares.

Esta compasión de Jesucristo por las turbas que le seguían, no es un hecho aislado, sino que entra en ese orden general de Providencia, con que Dios atiende siempre al bienestar de todas sus criaturas, y particularmente de sus criaturas racionales.

—No seáis solícitos diciendo: qué comeremos, ni qué beberemos, ó con qué nos cubrirémos, nos dice el Evangelio en otro lugar; porque estas cosas, añade, solo preocupan á los gentiles, y vuestro Padre sabe muy bien que necesitáis de todo esto.

Crear en la acción de la divina Providencia, es el acto más propio de la vida de un cristiano. Los infelices y los gentiles, que, desconociendo la naturaleza de Dios, atribúan al Destino los sucesos todos que se verifican entre los hombres y en el seno de las naciones, ignoraban los caminos secretos de esa Providencia general, con que Dios dirige la acción y los movimientos de sus criaturas, para encaminarlas á sus fines y á la manifestación de su gloria. Eran hasta cierto punto escusables, porque tampoco les fué dado conocer, como á los cristianos, esa idea perfecta de la Divinidad, de cuyos vivos resplandores nos han rodeado el Evangelio y la revelación divina.

Así en el mundo material, como en el mundo moral nada se hace sin la voluntad de Dios, de quien todo depende. Suponer que Dios ha creado los seres todos del universo, y que los ha destinado á fines dignos y propios de su infinita sabiduría, para abandonarlos después á una dirección ciega y fatal con que por sí solos se encaminan á realizar sus designios, es negar la naturaleza de ese mismo Dios, tal como hemos llegado á conocerla por las luces de la fé.

Lo que se dice de los hombres en particular, debe igualmente aplicarse á las sociedades y á las naciones.

Lo que en ellas sucede, sucede porque Dios así lo quiere, y nada puede verificarse sino, es porque Él así lo dispone, de absoluta conformidad con los decretos de su voluntad soberana.

De aquí han tomado algunos el frívolo pretexto para acusar de fatalista al cristianismo, espresando la idea de que solo han cambiado los nombres, pero nó la naturaleza de las cosas. "Lo que los antiguos paganos, dicen, llamaban *Destino*, los cristianos llaman *Providencia*; pero el significado de una y otra palabra es enteramente uno mismo, pues que tanto vale someterse á la acción omnipotente de una fuerza ciega, sin previsión ni inteligencia, como á la de un Dios personal, que de todo dispone á su voluntad y capricho, sin que las criaturas mismas racionales tomen participo ninguno en los sucesos, con que parecen dirigirse á sus destinos."

El más absoluto fatalismo sería la consecuencia natural de la identificación de estos dos términos tan opuestos: Destino y Providencia. A tal doctrina seguiría el estacionarismo de los hombres y de las sociedades, y la ley del progreso humano quedaría nulificada por completo, como de ello nos ofrece algún ejemplo el fatalismo mahometano, que ha sabido confundir la acción del destino genético con la de una Providencia divina, que todo lo gobierna y lo encamina á sus fines.

Nó, la acción de la Providencia, tal como la enseña el cristianismo, en nada puede compararse con la del fatal Destino de las antiguas escuelas y de las religiones paganas. Dios provee á todo, y nada niega á sus criaturas de cuanto puede convenirles para conseguir su bienestar y su felicidad verdadera. Los mismos sucesos, que en la apariencia se nos muestran como desastrosos y altamente contrarios al bien del hombre y de la sociedad, son permitidos por Dios, y suavemente dispuestos por su sabiduría infinita, para promover la salud eterna de las almas, á que todo se dirige y subordina, y aún la temporal felicidad de la vida presente.

Esta creencia hace que los cristianos, sinceros, fieles á las enseñanzas del Evangelio, estén siempre resignados, y vivan siempre contentos y tranquilos, cualesquiera que sean los sucesos, que de ordinario vienen á desconcertar las previsiones de la sabiduría mundana.

Ella para nada impide, ni en nada se opondrá, á los progresos de la humanidad, sino que lejos de eso los promueve y los alienta.

La acción providencial se aplica á todas las criaturas, pero á cada una de ellas según su naturaleza propia y específica, y según sus naturales inclinaciones.

En el hombre, deja intacta su libertad y la cooperación voluntaria y espontánea con que procura labrar por sí mismo su perfeccionamiento propio, y su felicidad espiritual y temporal.

Creemos en la Providencia, y no nos oponemos á su acción benéfica y saludable,

La falta de fé en la Providencia no contrastará sus designios ni se opondrá á su acción; pero nos perjudicará á nosotros mismos, porque nos privará del mérito de la conformidad con la voluntad divina, y de los beneficios que Dios derrama sobre aquellos, que en ella tienen una fé viva y fervorosa.

San Salvador, junio de 1883.

SECCION CIENTIFICA.

COLABORACIÓN.

Influencia del principio católico en la poesía.

Si hay un ramo en que las más bellas facultades de

nuestro espíritu campeen con mayor soltura y desembarazo, y obren con una libertad casi ilimitada, este ramo es, sin duda alguna, la poesía. Desde los tiempos en que la severa crítica del clasicismo había dado un código á la imaginación y al ingenio, ya se veía consignada, como un derecho incuestionable, la omnimoda libertad concedida por el buen gusto á los pintores y á los poetas. Ni el orden lógico, ni la sucesión histórica, ni aún la verdad absoluta, eran cosas exigidas en sus obras; pero atendiendo al común objeto de todas las producciones humanas, siempre se creyó que era una ley imprescriptible la moral, así como también la verosimilitud. Bajo el artificio de personajes fingidos, de sucesos inventados y de pasiones supuestas, los poetas han tenido el deber de pintar y mejorar al hombre, de aleccionar, pulir y moralizar la sociedad.

Bajo cualquier aspecto que la poesía sea considerada, ella carecerá siempre de objeto, de interés y de gloria, sino parte de la religión, camina por la religión y se dirige á la religión. Y no se imagine, que al explicarnos de esta suerte, intentamos traer á la Iglesia toda la poesía, ó desconocemos interés en la que no sea sagrada, ó proscribimos las muchas y diversas especies en que los maestros del arte han distribuido la poesía profana. No: queremos que este bello timbre del espíritu humano no se condene á sí mismo á la penosa esterilidad de un talento que, lejos de contar con el noble estímulo y el estro sublime de la religión, se esfuerza por sacudir el saludable freno de la moral.

Si se trata de la naturaleza física pintada por el genio, y magnetizada, digámoslo así, por la imaginación, téngase presente que el historiador, el pintor y el poeta vendrían á confundirse en un mismo rango, si estuviesen todos limitados á la muy estimable, pero poco fecunda tarea de describir. Se ha perdonado sin duda al célebre Buffon, que no tenga la exactitud geométrica, por explicarnos así, de Lineo, ni el carácter más reposado y filosófico de otros: porque reuniendo al genio de la ciencia el talento de escribir, como advierte La-Harpe, derrama todos los encantos de un bello estilo sobre un escrito, que por su clase, pertenece más bien al género didáctico. Y si la naturaleza, para valernos de la significativa frase de Juan Andrés, se pavonea de verse pintada por Buffon; cuánto no exigirá del poeta, que no la describe, sino para trasportar el alma con sus primores y sus encantos! ¿Para cuando se quedarían los bellos contrastes, los tiernos recuerdos, las felices armonías, las relaciones inefables de los tres mundos, sino habían de venir todos á pagar su tributo al maravilloso poder de la poesía descriptiva? Si en este bello asunto no ha de ser la naturaleza un intérprete feliz entre Dios y la primera de sus criaturas, la poesía quedará degradada, y en vez de ser la hija del Cielo, tendrá siempre que arrastrarse por el fango de la tierra. Esta necesidad de fé, esta ley del misterio, que parecen inseparables de la inspiración poética, divinizaron la naturaleza toda en los siglos del paganismo, y como si el poeta se hubiese desdeñado de ponerse á nivel con objetos puramente terrenos, después de haber hecho los honores divinos al primero de los astros, encontró á los dioses en las espesuras de los bosques, en las corrientes de los rios y en el profundo abismo de los mares. ¡Qué triste es la naturaleza, cuando no se halla en relaciones estrechas con nuestros pasados recuerdos, nuestras condiciones presentes y nuestro encantado porvenir! Y ¿donde sorprender estas relaciones misteriosas y sublimes, si abandonando el pensamiento religioso, estinguimos la antorcha feliz que nos muestra el más bello prisma con que puede ad-

mirarse, sentirse y amarse el cuadro magnífico de la creación?

Y ¿que dirémos de la poesía lírica, cuando hasta en la misma didáctica exigimos el colorido y el sentimiento, para pagar al poeta los tributos que nos pide cuando desciende con su imaginación hácia los objetos exclusivos del raciocinio? La poesía lírica se engolfa toda en el mar inmenso de las pasiones. Ora las pinte para debilitar su poder, haciéndonos temblar á la vista de sus estragos, ora las muestre sometidas al imperio del heroísmo, para hacernos admirar el carácter sublime de la virtud, su materia es siempre las pasiones: materia indómita, si el genio que la maneja no viene robustecido por la moral y autorizado por el cielo.

Hablando de la epopeya, bien se comprenderá que, sin descender al mecanismo del particular artificio de un poema, queremos referirnos principalmente al genio que inventa, al talento que fecunda y distribuye, y á la sociedad misma que se franquea tanto al uno como al otro, para que no se pierda en miserables juegos de espíritu y agote en chistosos epigramas ese poder sublime de concepción, que ha hecho la gloria de Homero, de Virgilio y del Tasso. El talento y el genio desprovistos de fé, podrán sorprender y divertir con el descubrimiento de tales ó cuales relaciones esquisitas, ó con la brillante combinación de los elementos comunes; pero nunca ennoblecer los sentimientos, elevar el alma, arrobar las potencias y encadenar, por decirlo así, todo nuestro ser bajo el poder irresistible de esas concepciones que sacando al hombre de su propia esfera, se han visto como partos de una razón sobrehumana, y se han calificado con el nombre de divinas.

Si, aniquílese la fé, y la poesía épica muere, y muere de consunción. ¿Qué se quiere que invente un genio, cuando no cuenta con su fé propia, ni con la fé de los pueblos? La poesía épica sobre todo, tiende á dominar los acontecimientos, haciéndolos entrar todos con sus respectivas órbitas en ese círculo inmenso que el eterno Geómetra ha trazado al rededor del mundo moral, y dentro del cual giran sin tocarle siquiera, pero sin embarzarse nunca las vicisitudes privadas y las revoluciones desastrosas, la suerte de los individuos y el destino de las naciones. De este fondo común, que es todo providencial y todo moral, saca sus tesoros la alta poesía. Ora escuchemos el canto del poeta junto á la corriente del Eufrates, ó las márgenes del Simois; ora recorramos con la mente los destruidos palacios del viejo Priamo, ó las encadenadas ruinas de la antigua Jerusalén, nuestro juicio queda comprobado. Esa perseverancia en una grande empresa no ha labrado nunca la corona del héroe para ceñir las sienes de un ateo, y ese poder de genio, que dejando muy atras al historiador, levanta las empresas augustas hasta la región de la poesía, no será nunca lo que puede, sino en un espíritu que haya tenido siempre cuidado de ir á buscar lo maravilloso, lo grande y lo sublime en la región del misterio, en los amplios reservatorios de la fé.

El historiador podrá ver lo pasado, si se quiere, con los ojos del geómetra, recorrer lo presente, con los ojos del filósofo, y fijarse en el porvenir con la previsión del político; pero, reúnanse en un punto los talentos de Euclides, de Aristóteles y de Platón, y estamos seguros de que no se producirá la Iliada; ni la Eneida con los talentos de Tácito, de Cicerón y de César, ni tampoco la *Jerusalén* con todo el poder científico de Galileo, con el talento crítico de Muratori, y la sagacidad profunda y maligna del célebre Maquiavelo. Se necesita algo más, se necesita genio, gusto, teatro y fé; y estas cuatro cosas se hallan de tal suerte sometidas á un círculo común de necesi-

dades, que nada puede conseguirse cuando falta una sola de ellas. ¿Se quiere un genio sin gusto? Lope de Vega poco tienen que envidiar á los primeros del mundo. ¿Se quiere un teatro sin genio? ahí está la Europa en el tiempo de las cruzadas? Se quiere un genio con teatro y sin fé? Citarémos aquí á Voltaire para omitir otros muchos: siendo de notar, como lo ha demostrado el Vizconde de Chateaubriand, que si este poeta no carece de bellezas de primer orden, es porque su incredulidad más de una vez tuvo que sucumbir á la irresistible, á la imperiosa necesidad de la fé.

El poeta puede pintar para prostituir; y en este caso le basta un talento mediano, una alma vulgar y una sociedad gangrenada; pero puede cantar para encarecer la virtud, crearle adictos y levantarle altares; más ya entónces necesita de atractivos superiores á los muy irresistibles de las pasiones humanas, y de apagar la sed insaciable de criminales deleites con el néctar delicioso de la moral, ministrado en la apreciada copa de oro de la poesía. Si un talento mediocre solo quiere ver heladas fórmulas en ciertas precauciones de los poetas épicos; para despreciarle, basta pensar en el rango que ellos ocupan y echar una ojeada sobre las primeras páginas de los poemas que más admiramos en la antigua y moderna Literatura. Muéstranse todos ellos oprimidos desde el principio con el poder de su asunto, y recurren desde luego á iniciarse en los misterios para conquistar la inspiración que necesitan. Los alemanes y los ingleses, que no han sido por decontado los más fieles sectarios del clasicismo, nos proporcionan dos nombres célebres, y dos poemas admirados. Milton y Klopstok, la Mesíada y el Paraíso perdido serán siempre testimonios irrecusables en favor de la fé.

Pasando á la poesía dramática, ella, como es notorio, hace consistir todo su mérito en encarecer la virtud y corregir el vicio, es decir en un objeto eminentemente culto y altamente civilizador. El hombre moral, así en su condición privada como en sus relaciones públicas y sociales es el reservatorio donde el poeta dramático se fecunda; y el drama no ha decaído, principalmente la tragedia, sino desde que los poetas, cambiando de rumbo y de objeto, y prefiriendo el interés pecuniario al amor de la gloria, y la boga de una sociedad corrompida al sufragio de una posteridad sensata, han querido suplir con la monstruosa y funesta graduación de horribles, sangrientas é inmorales escenas, el interes que inspiraba el genio favorecido por la religión, con las felices pinturas de las pasiones humilladas ante el irrevocable juicio de los pueblos, el poder perseguidor de los remordimientos, la voz imperiosa de la conciencia ó el grito aterrador de la fé. Ya vemos que faltan distinciones á la sociedad presente, para explicar su entusiasmo en favor de Alejandro Dumas, Victor Hugo, Scribe y otros muchos poetas dramáticos de hoy. Pero en verdad: ¿qué juzgamos de ellos? ¿que pronosticamos para su gloria postuma? ¿dónde están los tesoros que dejan á la posteridad? ¿qué virtud han creado? ¿qué vicio han estinguído? ¿qué institución importante han impulsado, ó siquiera ennoblecido? ¿qué lágrimas han enjugado? ¿qué espíritu han formado? ¡Ah! hijos de la desesperación y sedientos al mismo tiempo de boga, quieren dominar la sociedad; pero desprovistos de fé, solo cuentan con los crímenes; y colocados en esta triste necesidad, busean siempre la parte más inmundada de la humanidad para encontrar la inspiración, y después de haber recorrido cuantos atentados y vicios cuenta la historia en sus anales, y la moral había cubierto con una prudente reserva para no acancérar el mundo, los inventan nuevos, enseñando todos los días á la sociedad mil inauditos

medios de corromperse, de prostituirse y de aniquilarse. ¡Triste condición, por cierto: huir siempre del orden, de la regularidad y de la virtud, para recrearse en el cuadro de las miserias humanas, y hasta en la posibilidad de los crímenes, como esas aves asquerosas y funestas que abandonan los deliciosos prados y los magníficos bosques, para vivir en los desiertos y buscar algunos restos inmundos en que saciar su hambre rabiosa!

Pero ¿qué hará el poeta sin fé? ¿Que inspiración podremos esperar del escepticismo de la inteligencia, del materialismo de la razón? Sin fé, no hay maravilloso poético; sin moral no hay caracteres ni para la epopeya ni para el drama; sin religión no hay sentimientos.

Aun los menos adictos á la escuela teológica han reconocido dos cosas que apoyan energicamente nuestras convicciones: primera, que la religión imprimió á la Literatura ese caracter de Magestad y grandeza que bastó para eternizar el siglo de Luis el grande; segunda, que el décimo octavo fué de una verdadera decadencia producida principalmente por la filosofía escéptica y el desorden social, en que se inoculó toda su Literatura. "El genio literario del siglo décimo sétimo, dice Villemain, se había formado bajo tres influencias: la religión, la antigüedad y la monarquía de Luis XIV. De estas causas muy diversas, no menos que del espontáneo y vigoroso vuelo de una nación joven y fuerte, salió aquella grade escuela de gusto y de elocuencia, que no será excedida jamás. Las influencias que dominaron la Literatura del Siglo XVIII, son al contrario, la filosofía escéptica, la imitación de las literaturas modernas y la reforma política." Este mismo escritor busca en vano en las escuelas modernas cosa alguna que oponer á la inspiración lírica que debió Prudencia al triste, al sensible cuadro de los inocentes sacrificios por Herodes. Cita el *Salvete flores Martyrum*, y no teme asegurar, que el encanto de entusiasmo y de fé, que nosotros vemos como los dos primitivos elementos del poeta, son la verdadera causa de tantas bellezas. "Cuando la Europa, dice, vuelta á la barbarie, empezaba á esclarecerse, y el espíritu del Dante flotaba sobre el caos, la poesía lírica, saliendo del templo, quedó toda cristiana y religiosa."

San Salvador, Junio de 1883.

Juan Bértis.

CRONICA ESTRANJERA.

ROMA.

Nuestro Santísimo Padre León XIII continúa sin novedad en su importantísima salud.

Los cuatro magníficos ramos de flores que Su Santidad recibió de regalo el día del aniversario de su elección, fueron enviados por orden del mismo Padre Santo á otros tantos templos, para que se colocasen en los altares de la Virgen.

Uno de esos ramos tenía proporciones verdaderamente colosales.

Alejandro III, Emperador de Rusia, ha pedido á la Santidad de León XIII que se digne enviar un representante suyo al acto solemne de su coronación, que tendrá lugar dentro de algún tiempo en Moscou.

La Santidad de León XIII ha accedido á los deseos del Czar, según declara el *Moniteur de Rome*, designando para representarle en aquel solemne acto á Monseñor Vicente Vannutelli, antiguo Delegado Apostólico en Constantinopla, recientemente nom-

brado Nuncio Apostólico en el Brasil, el cual irá á Moscou, acompañado de Monseñor Della Volpe, secretario de la sagrada Congregación de indulgencias, y del R. O. Palombelli, agregado á la sagrada Congregación de asuntos eclesiásticos extranjeros.

Su Alteza D. Alfonso de Borbón, Conde de Caserta, hermano del Rey de las dos Sicilias, ha enviado al director de *La Unidad Católica* mil libras, para que, como testimonio de su inalterable afecto y adhesión al augusto prisionero del Vaticano, ingresen en el dinero de San Pedro.

El último día de Marzo ha fallecido en Roma el Cardenal Meglia, Nuncio que fué en París, donde dejó gratos recuerdos y considerable número de amigos y apasionados.

Había nacido en San Stefano, Diócesis de Vintimilla, el 3 de Noviembre de 1810. León XIII le creó Cardenal en 1879, y formaba parte de la Congregación de Obispos y Regulares, de la Propaganda, del Ceremonial y de la del Consistorio.

Acaba de recibirse en Roma la feliz noticia de la conversión de seiscientos armenios cismáticos de Cesárea de Capadocia (Asia menor) al catolicismo.

El Obispo armenio católico de esa ciudad ha sido el que ha obtenido ese admirable triunfo

FRANCIA.

La Francia es actualmente el teatro donde se representan los mayores contrastes. Por una parte el espíritu católico se manifiesta elevado á su mayor altura, y por otra el espíritu irreligioso en su más repugnante vulgaridad.

Así lo demuestran las siguientes noticias que tomamos de una de las notables revistas europeas.

Las ceremonias de Semana Santa se han celebrado este año en París con un orden y recogimiento verdaderamente admirables, á pesar del inmenso número de personas que acudían á los templos y á pesar de no haber, como en los años anteriores, agentes de policía en las puertas de los templos.

El Domingo de Ramos, unos cuantos estudiantes, discípulos de Paul Bert, causaron graves desórdenes á la puerta de la Iglesia de Santa Eulalia. Estos precoces anarquistas insultaban á los Señores que salían de la Iglesia con palmas y ramos benditos.

En uno de los Hospitales de París se dispuso por los directores liberales, que el Viernes Santo se diera á los enfermos comida de carne, solo por el triste gusto de violentar sus conciencias.

La mayor parte de los enfermos se negaron á comerla, y pidieron que se les diera comida de Vigilia porque eran católicos.

—"El que no quiera comer carne, dijo el director, que se quede sin comer."

Muchos convalescientes se quedaron sin comer, ó comieron muy poco!

Estos son los liberales; con la boca gritan *libertad de conciencia*; y con la mano imponen *la esclavitud de conciencia!*

Los actores del teatro de Chatelet fueron excitados por la Municipal liberal, para dar una función el Viernes Santo; pero la compañía, que era compuesta de católicos, contestó en los siguientes términos.

No podemos consentir que el Concejo Municipal nos imponga una obligación tan arbitraria como esta, y

tan contraria á la libertad de conciencia, de que con tanta frecuencia se habla en las reuniones de aquella corporación.

"Ponemos, pues, en conocimiento del Director del teatro que somos católicos, y que por consiguiente, no estamos dispuestos á trabajar el día de hoy".

El ayuntamiento de Tortosa, para no quedarse atrás del de París, quiso también que el Viernes Santo hubiese función teatral.

Aquí la compañía se dejó obligar; y á pesar del empeño puesto para que el Teatro se llenase de gente, á quien aun daban gratis los billetes, con el fin de afligir y escandalizar á los católicos, no lograron reunir más que cincuenta espectadores.

Así fué como la impiedad de los municipales se estrelló contra la piedad del pueblo.

En Auvenas (Ardeche) estallaron el lunes Santo cuatro petardos en la puerta de la Iglesia parroquial, hallándose el predicador en el púlpito.

La detonación produjo el pánico consiguiente, aunque por fortuna no ocurrieron desgracias. De las averiguaciones hechas por la policía resultó que los culpables eran tres estudiantes de 16 á 18 años.

Estos son los frutos prematuros que la enseñanza laica hace brotar en corazón de los jóvenes.

Leémos con satisfacción en un periódico de Francia: "Me tomo la libertad de revelar á U. un hecho que honra grandemente á sus autores.

Los niños de la Parroquia de Trevillach fueron obligados en la Escuela laica, á recibir como testo el *Manual cívico* de Paul Bert, que es un libro prohibido por la Santa Sede.

Los niños supieron que tal libro era anti-católico y resolvieron todos de común acuerdo quemar el testo, que se les forzaba leer contra sus deberes religiosos.

Así lo hicieron en una grande hoguera que formaron en los afueras de la ciudad.

De este modo la piedad de los niños puede servir de modelo á la cobarde timidez de algunos hombres católicos.

TURQUIA.

El número de familias que se han convertido al catolicismo en Aurán, durante el mes de Febrero, se eleva á quinientas. A primeros de este mes toda la población de la región Ainelchara, comprendidos los Curas cismáticos, se han convertido al Catolicismo, abjurando en manos del Arzobispo Basilio Haggiar, de la Diócesis de Aurán.

El eminente Prelado ha invitado á los Curas cismáticos convertidos y á las personas notables de la región á permanecer algún tiempo en su residencia de Damasco, para hacer ejercicios espirituales, y ha encargado á tres Monjes de San Salvador que prediquen Misiones en Ainelchara.

Estas conversaciones son debidas, después de Dios, al celo desplegado por Monseñor Basilio Haggiar.

Leemos en el número de la *Turque* de Constantinopla, correspondiente al día 6 de Marzo:

"El sábado 3 de los corrientes, quinto aniversario de la coronación de la Santidad de León XIII, se cantó en la Iglesia Catedral del Espíritu Santo una Misa solemne, con asistencia pontifical de S. E. reverendísima Mons. Rotelli, Delegado Apostólico de la Santa Sede en esta Capital.

"El Embajador de Francia, impedido por graves y perfortorias ocupaciones de asistir al acto, se hizo representar en él por el primer Secretario de la Embajada. A pesar de la lluvia y del rigor de la esta-

ción, la Iglesia estaba materialmente llena de fieles, algunos de los cuales habían venido de Pera y también de Gálata. Es inútil decir que todo el Clero latino, llevando á su cabeza á los superiores de las comunidades religiosas, como también los representantes de los diferentes ritos orientales, estaban presentes á esta ceremonia.

"La Iglesia y el altar mayor estaban magníficamente adornados. Sobre la puerta principal estaba el retrato del Sumo Pontífice, elegantemente adornado con dos banderas francesas."

Nuestra Señora de Lourdes sigue colmando de beneficios á los peregrinos de Ferri Keni.

A principios del mes de Noviembre último, es decir á los diez y seis meses de la primera curación milagrosa, se contaban en la Capilla más de quinientos *exvotos* de gran valor. Hay entre ellos 29 ojos, 44 piernas, 18 cabezas, 16 brazos, 24 orejas, 19 manos de plata, dos manos de plata sobredorada y tres ojos de oro.

Los turcos, ofendis, hobjas y señoras turcas van en peregrinación á Fery-Keni, y rezan á Nuestra Señora de Lourdes. Se hacen leer el Evangelio, encienden velas delante del altar y beben agua de Lourdes. Su devoción es muy ferviente. Nuestra Señora de Lourdes ha cambiado el orgullo musulmán en cordialidad afectuosa y tierna sencillez.

El 14 recibió el Sultán en audiencia particular á Monseñor Rotelli, delegado de Su Santidad cerca de la Sublime Puerta en reemplazo de Monseñor Venu-telli.

Los discursos de la recepción han sido cordiales.

INGLATERRA.

La condenación de tres redactores del asqueroso periódico *El Libre Pensador*, que publicó una *vida* de Nuestro Señor Jesucristo con grabados escandalosísimos, ha sido perfectamente acogida por la opinión, aun entre los protestantes racionalistas, los cuales, en su mayoría, comprenden que la ley debe castigar al cínico blasfemo, por lo menos como se castiga al que públicamente ultraja la moral.

AMERICA.

De un periódico de los Estados Unidos traducimos la noticia siguiente:

"Corre con insistencia el rumor de que un americano se ha inscrito por la suma de 140,000 dollars con objeto de fundar en Nueva-York una Universidad católica.

"Este americano parece querer imitar, sino sobrepasar el celo del Obispo de Illinois Mgr. Spaldeng, que, como es sabido, se ocupa en allegar fondos para la creación de una universidad católica en Chicago."

Muchos gobernadores de los Estados federales publicaron bandos como el siguiente, dado por el Excelentísimo Sr. Don Tomás M. Valler, Gobernador de Connecticut:

"Ciudadanos:

"En reconocimiento del carácter religioso del pueblo de esta república, y en conformidad con un respetable costumbre de nuestros piadosos antepasados, designo y fijo el viernes 23 del mes de Marzo, como día de ayuno, de oración y de penitencia.

"Dado por mi mano y con sello del Estado en el Capitolio de Harl-ford el 7 de Marzo, en el año de Nuestro Señor Jesucristo 1883, y 107 de la Independencia de los Estados Unidos.

"Por orden del Excelentísimo Sr. Don Tomás María Valler, el Secretario de Estado, Don Ward Northrop."

SECCION DE VARIEDADES.

El eminente católico

MARQUÉS RIPON VIREY DE LA INDIA.

Lord Ripon, virey de la India inglesa, gobierna en nombre de Su Majestad Británica estenciones de territorios mayores que Europa, y tiene á sus órdenes un centenar de millones de hombres de distintas razas, países y religiones. Todos ellos le quieren, le obedecen, le respetan, le veneran y hacen justos y merecidos elogios de sus grandes condiciones, de sus elevados sentimientos, de la integridad de su conducta, de su prudencia y justicia, de su sencillez y modestia, á pesar de estar en uno de los puestos más encumbrados del mundo.

—¿Qué hay en lord Ripon de particular para que así gane las voluntades y conquiste los corazones y calme las iras, siempre dispuestas contra los poderosos, y se salga de tal modo de la esfera en que suelen moverse en estos tiempos las autoridades de todos los países?

—¿Es acaso que tenga más talento político, más elocuencia, más valor, que cuantos hombres están al frente de pueblos y naciones?

Nada de eso; ni cierto talento, ni elocuencia, ni valor personal suele faltar á los modernos hombres de Estado. Pero lo que anda muy escaso en estos tiempos, es el desinterés en los que suben y la conciencia en cuantos mandan, y ambas cosas las posee el Marqués Ripon.

Su gran fortuna y su elevado nacimiento pregonan que no ha ido á la India á enriquecerse ni á buscar honores, que le sobran, sino á cumplir con un deber que su país le ha impuesto.

Y en cuanto á su conciencia, bastaría, para que se vea que no es hombre que se le echa á la espalda ó que juega con ella, contar el rasgo culminante de su historia, su conversión.

Hace nueve años lord Ripon era protestante; y no sólo protestante, sino *Gran Maestro* de la francmasonería inglesa. Enemigo por ambos conceptos de la Iglesia católica, tomó sobre sus hombros la empresa de hacerle guerra, buscando en libros y documentos materiales para forjar armas con que dañarla. Pero buscando, y buscando de buena fé, lord Ripon fué viendo que la historia y la filosofía se ponían en favor de la verdad y bondad del Catolicismo; y una vez convencido de ello, fué humildemente á pedir á los sacerdotes católicos que le instruyesen, y en seguida abjuró sus errores, sin que le detuviese ningún respeto humano, ni consideración alguna personal.

La conversión de lord Ripon causó estupor en Inglaterra, y la francmasonería, para parar en cierto modo el golpe, tuvo que nombrar, en lugar del converso, al personaje más cercano al trono del Reino Unido, al Príncipe de Gales.

Pero, cosa asombrosa, Inglaterra en lugar de desencadenar sobre lord Ripon las iras de la maledicencia y de la envidia, como en cualquier otro país hubiera sucedido, y en lugar de haberle arrumbado y haberle impedido para siempre el acceso á los puestos y honores públicos, no ha tenido inconveniente en ponerle al frente de su más estenso territorio.

É Inglaterra ha acertado, porque el primer Virey católico de la India, el hombre que en todos sus discursos públicos no teme proclamar lo que es y lo que desea, el que no pierde ocasión de inculcar que *la Religión es la base de la educación*, y de censurar á los que, como en Francia, pretenden hacer que *la educación sea irreligiosa*, el protector de los intereses católicos en la India, es al mismo tiempo la autoridad más querida de sus conciudadanos.

Una persona que conoce á lord Ripon escribe sobre él

estas palabras, que pintan por completo su carácter:

"Lord Ripon es hombre de más que mediana talla. Su rostro, donde se manifiesta la benevolencia de su alma, empieza á estar rugoso. Tiene cincuenta y cuatro años. Su gobierno en las Indias será de los más notables.

"Todos tienen confianza en él. Sábese, no sólo que es católico, sino que es católico ferviente. Se me ha dicho que todos los días ayuda la Misa á su capellán. Los domingos, no sólo asiste á la Misa parroquial, sino als ermón y bendición solemne en alguna de las iglesias católicas de Calcuta, y entonces su recogimiento y el fervor con que ora son tales, que producen más impresión que el mismo sermón."

En estas líneas está explicada la razón de la grandeza moral que distingue al Virey de la India.

Lord Ripon es hombre que hace lo que en otros tiempos hicieron azaul Virey de Cataluña, que se llamó *Francisco de Borja*, y aquel Regente de España, apellidado *Jimenez de Cisneros*: oran para gobernar, y luego gobiernan para hacer bien á los pueblos.

Las naciones por lo general están gobernadas hoy por gentes que no rezan ni saben elevarse de la esfera terrena, ni pueden desprenderse de las pasiones mezquinas.

Por eso hay tanta falta de grandes caracteres y de buenos gobernantes.

(Revista Popular.)

Amor filial.

No puede elogiarse bastante la piedad filial admirable de tres jóvenes del Japón para con su madre.

Eran tres hermanos que vivían en la indigencia, trabajando de día y de noche para alimentar y sostener á su pobre madre: pero, como á pesar del trabajo continuo, no ganaban lo suficiente para remediar las necesidades del ser á quien tanto amaban, tomaron entre sí una muy estraña resolución.

Había el Emperador dado una ley en el Japón para proscibir el hurto, según la cual, el que cogiese á un ladrón y le pusiese en manos de la justicia, recibiría en recompensa una gran suma de dinero.

Conviniéronse los tres hermanos entre sí, en que uno de los tres pasaría por ladrón y los otros dos le presentarían atado al magistrado, para recibir la suma prometida, con la que socorrerian la pobreza de su madre.

Echaron suertes sobre cual sería la víctima de la caridad filial, y cayó la suerte sobre el más joven que, radiante de alegría, se dejó atar y presentar al Juez á quien confesó que realmente era ladrón.

Fué puesto inmediatamente en la cárcel, y los dos conductores recibieron la cantidad correspondiente.

Pero ya para separarse fué imposible, que dejaran de cambiarse ciertas miradas, y que sus semblantes no tomasen cierta mal disfrazada expresión de ternura y de amor.

El Juez, que por casualidad estaba en un lugar donde podía advertir lo que pasaba, no pudiendo comprender que existiesen tales afectos entre un criminal delatado á la justicia y sus acusadores, hizo suspender la ejecución, y mandó á un fiscal que disimuladamente siguiese á los acusadores y observase sus acciones más insignificantes.

Llegados á su casa los dos hermanos, cuando refirieron á la madre lo que había pasado, ésta, al oír que su hijo estaba preso, se puso á llorar y á dar lastimeros gritos, diciendo, que quería morir de hambre antes, que vivir á expensas de la vida de tan querido hijo.

—Id, les dijo, hijos demasiado caritativos, pero hermanos desnaturalizados, id, entregad el dinero que habeis recibido, y volvedme á mi hijo si vive aún: pero si está ya muerto, no penseis en alimentarme, me comprareis un ataúd y me colocareis junto á él.

El fiscal que por orden del Juez los había seguido, oyendo esto, fué luego á dar cuenta á su Superior.

El Juez hace comparecer á los tres, y descubierto todo el hecho, admirado dá cuenta al Emperador, el cual admirando una acción tan heroica, quiso ver á los tres hermanos.

Cuando estuvieron en su presencia, colmó de elogios su piedad filial; y señaló al más joven que se había ofrecido á la muerte quinientos escudos de renta, y otros quinientos para los dos hermanos.

¡Así es como la Divina Providencia recompensa aun en esta vida el amor de los hijos á sus padres, con preciosas bendiciones y con abundantes bienes temporales!

Hist. del Japón lib. XIII.

Funesto resultado de las malas lecturas.

Había en Londres un inglés, llamado Williams Bealde, casado con una mujer muy amable y de una familia honrada.

Tenían cuatro hijos, cuya educación él dirigía con sumo esmero y vigilancia, pues se portaba como excelente padre y marido.

Pero desgraciadamente comenzó poco á poco á aficionarse á la lectura de libros escritos contra la religión y contra la moral. Pronto cambió sus opiniones, olvidando aquellas creencias y prácticas que habían hecho la felicidad de toda su vida pasada, y adoptando las doctrinas que le ofrecían para el futuro mayor libertad en sus acciones, y más placeres en sus costumbres.

Como en esa carrera la pendiente es tan precipitada, pronto llegó á convencerse de que el vicio y la virtud son una misma cosa: que no hay otra vida más que la presente y que conviene gozar cuanto se pueda: que el hombre no tiene alma, pues no es más que máquina: que él era dueño absoluto de su mujer y de sus hijos.

Como es de suponerse, bajo la influencia de estas nuevas opiniones, y siguiendo la inspiración de tales libros, luego abandonó el trabajo y la economía; sus intereses volaban á la bancarrota; se fastidió de su hogar: perdió sus santos afectos de familia; corrompió sus costumbres; la indiferencia, el fastidio y el desprecio á todo vinieron á apoderarse de su inteligencia y de su corazón.

Una sombría mañana, en la que también la atmósfera moral de estas ideas cargaba sobre el alma de aquel desgraciado, llamó á su criado; y lo envió á la casa de un amigo que se interesaba mucho por apartarlo de los malos libros, con una carta en que decía:

“Te ruego vengas á ver, con otras dos personas, el cambio de mi estado y el de mi familia.”

El amigo, al recibir esta carta, fué corriendo, creyendo encontrarse á su amigo convertido á su antigua creencia, y á su familia gozando de su perdida felicidad.

Pero ¡qué horror! con más velocidad el infeliz había consumado su desgracia! Tomando una hacha, había asesinado bárbaramente á su esposa y á sus cuatro hijos, cuyos cadáveres mutilados estaban tendidos en el suelo, y él mismo después se había suicidado por un pistolazo.

Todos los corazones humanos y sensibles derramaron lágrimas sobre la suerte de esta familia, concibiendo nuevo horror á la lectura de los malos libros que había convertido en bárbaro á un hombre, que antes de perder su fé y su piedad, había merecido el aprecio de cuantos le habían conocido.

El Conde de Valmont.

Otras dos víctimas de los malos libros.

El sabio Guillon, en sus magníficos *Discursos sobre el suicidio*, refiere el acervo dolor del padre de una niña, que, habiendo antes sido un dechado de virtudes, llegó

á corromperse y á quitarse la vida, por haberse dedicado á la lectura de novelas y romances irreligiosos.

Mr. Guillon, inserta la carta que el desgraciado padre escribió á un amigo suyo:

“Perdone U., mi querido amigo, si he diferido la contestación de su apreciable ¡un suceso espantoso me ha sumido en la consternación y en el luto. ¡Mi hija Rosalía, que era el encanto de mi vida y á quien U. tanto amaba, no existe ya!

“La lectura de novelas y de romances había inflamado sus pasiones. . . . Una fatal inclinación que nadie podía excusar, se apoderó en ese estado de su corazón y ¡compádcase U. del más desgraciado de los padres; el desorden de mis sentidos me impide entrar en más detalles. . . .

“Dejó escrito una carta despidiéndose de su madre, de sus hermanas, y de mí, fundando su funesta resolución de darse la muerte en los fundamentos de la novela *La Eloya*. . . . tenía aun abierto el libro sobre la cabeza de su cama, y era precisamente la página donde está la carta, en que el amante de Julia delibera si debe ó no quitarse la vida.

“¡Cruel hija mía Rosalía, tú eres mucho más culpable; siquiera aquel fantástico amante no dejaba, como tú dejás, un padre en la desesperación.”

Y sin embargo, aquel desconsolado padre era más culpable que los dos: porque, si cumpliendo su deber, hubiera reprimido á tiempo que su hija se entregase á tales lecturas, ni ella hubiera caído en el abismo del crimen, ni él hubiera llegado al abismo de la desesperación.

La otra víctima de las malas lecturas es la que describe Merault en las siguientes líneas:

“Hace pocos años que una joven se tiró al Sena desde lo más alto del Puente Real.

“Inútiles fueron los esfuerzos para salvarla: hallose sobre ella el último tomo de la novela titulada *El Varoncito de Foblas*, y examinándolo atentamente, se encontraron en una de sus páginas; escritas de mano de la joven, estas palabras: *He sido engañada como ella, y debo morir con ella.*”

He aquí á donde conduce la lectura de libros irreligiosos é inmorales.

La Luciernaga y la Serpiente.

FÁBULA.

Un lindo insecto fosforescente
Estaba oculto bajo una flor,
Y apenas viole la vil serpiente
Hincó en su pecho diente traidor.

Aquel la dijo con llanto fiero:
—“¿Porqué mi seno rasgas así?”
Y esta repuso:—“Porque no quiero
“Que nadie brille cerca de mí.”—

Si nace un genio de luz ardiente,
Al pobre insecto miro yo en él;
Veo la envidia, que es la serpiente,
Pronta á clavarle su diente cruel.

Félice Jacinto Sala.

AVISO.

Con este número se concluye la Serie IX.ª de **El Católico**. Suplicamos á los Señores Agentes y Suscritores se sirvan renovar la suscripción.

El Agente General.

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.